

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Nº 14

EXTENSION UNIVERSITARIA
(CONFERENCIAS Y ESCRITOS)

Año 1933

LA EDAD MEDIA Y LA EMPRESA DE AMERICA

POR EL DOCTOR

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID



LA PLATA

1933

NUMEROS APARECIDOS DE LA SERIE "EXTENSION UNIVERSITARIA"

- Número 1. — *Las reformas de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires*, por el doctor Juan A. González Calderón (1928).
- Número 2. — *Defensa de la producción agropecuaria*, por el ingeniero Pedro T. Pagés (1928).
- Número 3. — *Las relaciones entre Sud América y Sud África reveladas por la investigación geológica de las sierras australes de Buenos Aires*, por el doctor Juan Kaidel (1928).
- Número 4. — *Coricancha. El templo del Sol en el Cuzco y las imágenes de su altar mayor*, por el doctor Roberto Lehmann Nitsche (1928).
- Número 5. — *Influencia de la agricultura en el desarrollo de las ideas económicas. La situación económica internacional. Los problemas internacionales de la agricultura*, por el doctor Arturo Labriola (1929).
- Número 6. — *Los estudios químicos en Estados Unidos, Alemania y Francia*, por el doctor Carlos A. Sagastume (1929).
- Número 7. — *La influencia de los estudios puros en la formación de una nueva conciencia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- Número 8. — *La transformación del Establecimiento de Santa Catalina*, por el doctor Ramón G. Loyarte (1929).
- Número 9. — *Procedimientos no medicamentosos en Cardioterapia*, por Jorge F. Nicolai (1929).
- Número 10. — *Alma Mater* (discurso leído en el acto de asumir la Presidencia de la Universidad Nacional de La Plata), por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 11. — *La Ciudad universitaria*, por el doctor Ricardo Levene (1931).
- Número 12. — *El Día panamericano*, por el doctor José Abel Verzura (1931).
- Número 13. — *Investigación, enseñanza universitaria y cultura general*, por el doctor Ricardo Levene (1933).

LA EDAD MEDIA Y LA EMPRESA
DE AMERICA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Nº 14	EXTENSION UNIVERSITARIA (CONFERENCIAS Y ESCRITOS)	Año 1933
-------	--	----------

LA EDAD MEDIA Y LA EMPRESA
DE AMERICA

POR EL DOCTOR

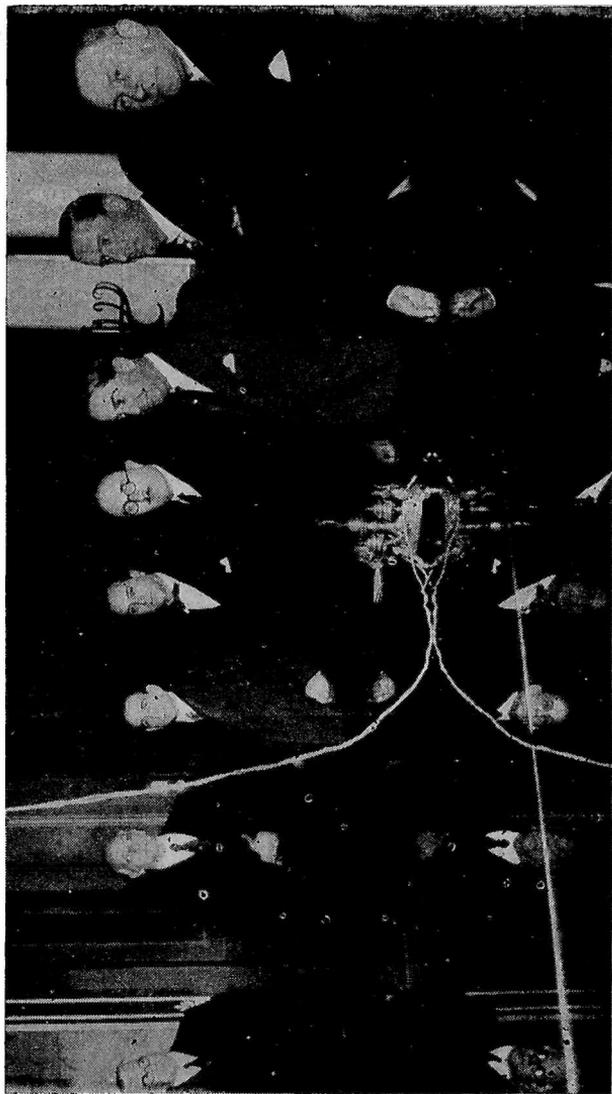
CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID



LA PLATA

1933



El doctor Claudio Sánchez Albornoz, rector de la Universidad Central de Madrid, en su visita a la Universidad de La Plata.

LA EDAD MEDIA Y LA EMPRESA DE AMERICA

Para la Universidad de La Plata

¿Será audacia imperdonable en mí ver en la empresa americana una prolongación de la Edad Media, una proyección del medio hispano en el espacio y en el tiempo y una reafirmación de las rutas medievales de España? No he consagrado mi vida al estudio del pretérito de nuestra acción aquende el mar. Mis palabras son las de un medievista que con gesto a un tiempo osado y tímido se lanza en ocasiones a la aventura de la hipótesis, de un medievista que siente a veces gozo al saltar por las bardas del huerto que labra con amor. Que nadie vea,

pues, en ellas una orgullosa teoría sino una modesta interrogante.

No se requiere conocer hondamente la empresa americana, para advertir que ella se llevó a cabo por un pueblo saturado de mediévalismo. La lucha con el Islam y la necesidad de restaurar y repoblar España impidieron a ésta seguir un proceso de desenvolvimiento, parecido al de los otros países hermanos de Occidente. Ellas nos impusieron un nuevo camino de las rutas de Europa. Dos veces he acometido la tarea de presentar en síntesis las causas y los resultados de esa vida política y económica de España. Historiadores de la talla de Menéndez Pidal coinciden conmigo al apreciar ese mismo retraso en la vida espiritual hispana y al destacar los frutos tardíos — la concepción del Imperio universal, la Compañía de Jesús, la nueva mística de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz, la nueva escolástica de Vitoria y de Suárez, la novela caballeresca, el romancero y el teatro— que el espíritu medieval español produce en plena edad moderna. Hija póstu-

ma del medievo hispano, fruto de nuestras andanzas medievales fué también la empresa de América. ¿Cómo no verla a manera del más gigantesco resultado del activismo peninsular que la lucha secular con el Islam creó o desarrolló hasta los límites de lo humano en los reinos ibéricos? ¿Cómo no advertir en el descubrimiento y conquista de América la última edad heroica del mundo occidental, el último período de la Edad Media épica? Si se compara nuestra acción allende el mar con la de otros pueblos europeos, ¿no se manifiesta a plena luz el medievismo aventurero de la nuestra?

A diferencia de la colonización de Roma, planeada, dirigida y realizada por el Estado, ¿quién no ha visto en la hazaña de América la acción dispersa y desconcertada del pueblo castellano, huérfano en ella de la guía eficaz de sus minorías dirigentes y abandonado casi por el Estado hispano, empujado por una dinastía extranjera a empresas extrañas a nuestros intereses? Y ¿cómo hubiera podido realizar empresas semejantes en tales condiciones un pueblo no

medieval, sometido a las articulaciones rígidas de un Estado antiguo o de un Estado moderno? ¿Cómo no ver en esa acción, pleotórica de individualismo, las huellas de la sociedad y de la vida medievales hispanas, en las que el campeón, el esfuerzo personal aislado, se movieron con la libertad máxima y dieron en la paz y en la guerra los resultados más ubérrimos?

En contraste con el ambiente burgués y heterodoxo, de signo moderno, postrenacentista y postluterano, que preside la colonización inglesa en América, ¿quién no ha advertido el espíritu religioso y guerrero, místico y codicioso a la par, de nuestras gestas más acá del Atlántico? Y ¿cómo podrá nadie negar el medievismo de tales sentimientos, que, enraizados en el alma española, perduran y se sobreviven aún después de las fronteras de la Reforma y del Renacimiento?

En parangón con los empeños comerciales contemporáneos o precontemporáneos que lanzan a Holanda o a Inglaterra a sus colonizaciones en los más diversos conti-

nentes, ¿no hiere al punto nuestro olfato el olorcillo amargo a fraile, a labriego y a soldado, que despiden todas las tierras hispanas de América a raíz de su conquista por España? Y ¿no son el ruralismo, la aventura guerrera y los hondos sentires religiosos signos típicamente medievales? De entre todas las colonizaciones conocidas en la historia es, por tanto, la de España en América la que más enlaza, deriva y enraíza en la Edad Media, España, que al descubrir y conquistar a América vivía en muchos aspectos de su vida una Edad Media retrasada, que al comenzar la Edad Moderna universal estaba todavía preñada por el espíritu y el genio medievales, llevó a las Indias colombinas su medievalismo agrario religioso y guerrero.

*

* *

Se me antoja, además, que ningún pueblo europeo se hallaba tan dotado como Castilla para acometer la gesta americana, precisamente por las singularidades de nues-

tra Edad Media. Si repasamos un momento los hechos fundamentales de la expansión ultramarina hispana, con rapidez se acumularán en nuestro pensamiento los recursos de conquistas sinnúmero, de fundaciones de ciudades, de la organización política de las tierras ganadas, de las erecciones de sedes y cenobios, del transplante de una raza, de una religión, de una lengua y de una cultura. Por encima de los lances épicos, pero fugaces, de las exploraciones, perdurará en nuestra memoria la heroica labor de la conquista y las despaciosas horas de la colonización. Pero si luego volvemos la mirada al panorama de la Edad Media universal, ¿dónde, sino en Castilla, hallaremos un cuadro parecido? Porque cada día se afirma con más fuerza la idea de que toda la historia medieval de Castilla se resume y cristaliza en una no interrumpida y gigantesca empresa de colonización.

Desde el siglo VIII en adelante la historia de la cristiandad hispana es, en efecto, la historia de la lenta y continua restauración de la España europea; del avance per-

petuo de un reino minúsculo que desde las enhiestas serranías y los escobios pavorosos de Asturias fué creciendo, creciendo hasta llegar al mar azul y luminoso del Sur; de la expansión sin intervalos del Estado norteño que se desparramó por los llanos, reptó por los alcores y trepó por las cumbres que fué hallando en su paso hacia las tierras de sol de Andalucía. A través de ocho siglos y dentro de la múltiple variedad de cada uno, como luego en América, toda la historia de la monarquía castellana es también un tejido de conquistas, de fundaciones de ciudades, de reorganización de las nuevas provincias ganadas al Islam, de expansión de la iglesia por los nuevos dominios; es el trasplante de una raza, de una lengua, de una fe y de una civilización.

Al comenzar la Edad Moderna cualquier pueblo europeo hubiera tenido que improvisar una política de expansión y de colonización, si hubiese descubierto América; cualquiera menos el pueblo castellano, rico en experiencia en empresas conquistadoras y colonizadoras. Ningún Estado occidental

había tenido ocasión de realizar un entrenamiento parecido, un entrenamiento en el que se había engendrado, había medrado y había florecido el nuestro. Etapas fundamentales de la historia hispana medieval son la repoblación del desierto del Duero en el siglo X por pequeños labradores libres, por infanzones y por monasterios; el surgir de una zona de grandes ciudades y concejos entre Duero y Tajo en el tránsito del siglo XI al XII; la magnífica expansión de las órdenes religiosas de caballería del Tajo a los montes Mariánicos reinando Alfonso VIII; el desparramarse y arraigar de la nobleza castellana en las campiñas andaluzas con Fernando III y con Alfonso el Sabio, y por último las conquistas y los repartimientos de las tierras y de las vegas granadinas con los Reyes Católicos. Con características diversas, según las de la época en que se realizaba cada avance, desde los primeros del reino de Asturias hasta los postreros de las coronas castellanas y aragonesas reunidas siempre en permanente actividad colonizadora, siempre llevando ha-

cia el Sur el romance nacido en los valles septentrionales de Castilla, siempre propagando las doctrinas cristianas en las tierras ganadas con la espada, siempre empujando hacia el Sur la civilización que alboreaba en los claustros románicos y góticos de catedrales y cenobios y siempre incorporando nuevos reinos al Estado europeo que en el bloque marmóreo, heredado de la antigüedad clásica y de los pueblos bárbaros, habían ido tallando poco a poco las peculiaridades de nuestra vida medieval en pugna secular con el Islam.

Cuando, terminada la reconquista, parecía que la actividad colonizadora de Castilla iba a encontrar su fin al hallar ante ella la barrera marítima del Mediterráneo y del Atlántico, España descubre América y más allá del mar se repite la historia medieval recordada, y el sino de Castilla se cumple una vez más. El medievo continúa. No es igual el escenario, ni son iguales los métodos de la expansión conquistadora y de los nuevos empeños de la colonización al otro lado del Atlántico que en tierras españolas,

pero no hay entre ellas mayores diferencias que entre la repoblación de la alta meseta y la del Tajo, entre la colonización de los llanos del Duero y la de las vegas andaluzas. La misma empresa y con el mismo espíritu de cruzada y de rapiña, con codicia de riquezas y de almas y con la civilización occidental, que había de crear el mundo de hoy, en la punta de las espadas y de las lanzas. Vanguardia, España, de Occidente frente al África torpe y bárbara durante la Edad Media, fué después avanzada de Europa frente al mundo nuevo en las tierras de América. En una curva aérea, trazada por cima de los derroteros de los descubridores, Castilla proyectó su medievo más allá de las fronteras españolas. Y allende el mar se sobrevive, y no lánguidamente, un pasado remoto que parecía muerto. Las behetrías, las encomendaciones, las cartas de población, los privilegios y libertades municipales, la colonización monacal y eclesiástica, las erecciones de sedes, la quinta del botín, otras instituciones fiscales y guerreras y tantas y tantas modalidades de la vi-

da medieval de Castilla perduran y se repiten al otro lado de los mares. Como bajaron de los montes de Asturias a los llanos del Duero, codiciosos de libertades y riquezas los villanos y sedientos de medro y de fortuna los infanzones miserables, así fueron a América los hidalgos sin blanca y los aventureros sin nobleza siete siglos más tarde. Como las fundaciones monásticas del Bierzo o de Galicia, de León o de Castilla volvieron a la vida grandes zonas desiertas, así las misiones de jesuítas o de religiosos pusieron en cultivo tierras vírgenes del continente americano. Como alcanzaron tierras y libertades los colonos de las extremaduras y fronteras frente a las fortalezas musulmanas, así se otorgaron repartimientos y privilegios a las vanguardias de España allende el mar. Y ¿a qué seguir? Yo no pretendo establecer aquí los detalles del nexo y de la proyección del pretérito medieval de Castilla en la empresa de América. Toca a los especialistas constatarlos.

*

* *

A igual acción y realizada con el mismo espíritu hubieran de corresponder, además, iguales resultados. La perduración del medievo hispano en las Indias castellanicas perpetuó también las rutas medievales de España hasta casi la edad contemporánea. Los daños que nuestra singular posición en la Edad Media crearon en Iberia, el retraso y la desviación en las sendas de Europa, que aquélla nos impuso, la hipertrofia guerrera y religiosa y las atenuaciones de la sensibilidad política que el medievo produjo en nuestra patria se afirmaron e hicieron perdurables con la empresa de América. En mi estudio "España y el Islam" he señalado aquéllas; mis palabras de entonces tienen ahora aplicación perfecta.

La semejanza de los resultados producidos por las dos empresas de colonización en tierras de Iberia y en las Indias españolas alcanzan, en efecto, a todas las facetas de la vida política, económica y espiritual del pueblo hispano. A consecuencia de las singularidades que el rescate y la restauración de España en lucha secular con el Is-

lam produjeron en la organización del Estado y de la sociedad castellanos medievales, Castilla se constituyó definitivamente de esta forma: “En la cumbre una monarquía poderosa; en el centro un pequeño número de grandes señores, jurídicamente en estrecha subordinación de la realeza, y en la base una masa enorme de pueblo, integrada por los habitantes de los municipios y por los hidalgos, que, aunque nobles al cabo, pueblo eran”.

La expansión por América lejos de alterar este equilibrio de fuerzas políticas hispanas lo afianzó para otros varios siglos. Si la monarquía medieval con los sucesivos avances y las repetidas colonizaciones pudo reponer periódicamente sus ingresos que se agotaban poco a poco en las etapas de detención de las fronteras, la realeza española logró parejas restauraciones de su erario con los caudales americanos que los galeones y las flotas traían de las Indias. Si los reyes de Castilla al conquistar y colonizar las zonas ganadas al califato o a los taifas, a los almohades o a Granada, conse-

guían un cuantioso botín de tierras y de oficios con que atraer y someter a nobles y a villanos, los soberanos españoles hallaron en las capitanías, audiencias y virreynatos de América tesoros de mercedes burocráticas posibles, desde las más altas a las más bajas con que seguir haciendo girar a su alrededor el cosmos pedigüeño de nuestra minoría aristocrática y las masas estelares de nuestro pueblo. Si a la fuerza jurídica de la monarquía castellana medieval contribuyó de modo principal la conquista y la colonización de España, para la omnipotencia de la realeza española en los tiempos modernos no fué menos útil la empresa americana.

En la vida económica española la conquista y la colonización de América acentuaron también de manera notoria al más ciego intelecto los fatales corolarios que trajo consigo la reconquista y la colonización de España en la Edad Media. La guerra con los musulmanes y africanos a través de centurias y las ganancias territoriales conseguidas apartaron de la actividad industrial

y mercantil a los más osados y a los más audaces; pero el descubrimiento, la conquista y la explotación de América no actuaron con menor fuerza como formidable ventosa que chupó a la vida económica peninsular las más despiertas y más ambiciosas de sus inteligencias. La esperanza de las riquezas que cabía alcanzar en la conquista de los reinos infieles inclinó a las gentes en Castilla hacia el ejercicio de las armas donde se podía medrar sin gran esfuerzo el día que las fronteras avanzaran en tierras islamitas; pero la fantasmagórica ilusión de medros fabulosos en las comarcas riquísimas de América arrancó asimismo de las tareas de la paz y del trabajo para lanzarlos a la aventura ultramarina' a miles y miles de españoles. El botín burocrático que cada nuevo empuje de la cristiandad en los países sarracenos ponía en manos de los reyes y por conducto de éstos en las de los soldados castellanos trocó en guerreros a muchos labriegos, menestrales y mercaderes de Castilla, pero el enorme caudal de oficios de toda condición, que la organización

política de las Indias fué creando, lanzó de sus talleres o de sus campos hacia la burocracia a muchedumbre de activos y sosegados españoles que de otra forma habrían proseguido su labor económica. Como los grandes valles con que Castilla fué tropeizando en su camino con rumbo hacia el Estrecho fueron secando las fuentes despaciosas y las saltarinas de los audaces y de los laboriosos castellanos que empuñaron la espada para combatir a los infieles, así fueron vertiéndose en las aguas azules o verdes del Atlántico los ríos despaciosos de los trabajadores o los torrentes arrolladores de los osados que emigraban a América. A la postre el medievo hispano y la empresa ultramarina produjeron, pues, daños parejos en nuestra economía, como no podía menos de ocurrir dada la analogía de las circunstancias exteriores y la perduración de aquél en ésta.

Pero no sólo se manifiesta tal proyección de la Edad Media castellana aquende el mar en la vida económica y política de España. Se advierte también la paridad de resulta-

dos de las dos colonizaciones en la psicología hispana. Nuestra hipersensibilidad guerrera, la hipertrofia de nuestra clerecía y la atenuación de nuestra sensibilidad política que la Edad Media nos legó como desdichados corolarios, lejos de corregirse se acentúan a consecuencia de la empresa americana. Cuando se acabaron en España los infieles surgieron en América los indios, por cuya evangelización había de trabajarse sin desmayo. Cuando aquí se cerraron las fronteras a la posible expansión y enriquecimiento de la clerecía en las tierras tomadas a los moros al otro lado del Oceano se abrió un mundo virgen a la difusión y al engrandecimiento de la Iglesia. Y si por este medio halló aquella manera sustituir la necesidad y la importancia de su misión frente a los islamistas por lo imprescindible y lo imperioso de su acción en América, ello contribuyó también a mantener vivo su papel tutelar dentro de la sociedad y del Estado hispanos.

A que no se atenuaran la hipersensibilidad guerrera que la contienda con el Islam

a través de centurias creó en España en la Edad Media, ayudó asimismo la empresa americana. Muchos iban a pelear en los tercios de Flandes o de Italia, pero muchos también emigraban a las Indias para allí combatir y vencer a través de espacios infinitos. Y era más popular y fué al cabo más continua esta corriente hacia el continente ultramarino que como queda dicho ofrecía perspectivas de aventuras y de medros guerreros más ventajosos y perdurables que las empresas europeas y que las menos duras pero más porfiadas jornadas de trabajos.

Por último si la reconquista atenuó la sensibilidad política hispana de dos maneras: de modo directo educando a las masas en la obediencia a la realeza y de modo indirecto dañando los centros nerviosos de la vida económica siempre más atentos a la cosa pública que los grupos rurales, por las dos mismas sendas contribuyeron nuestras gestas de América a producir iguales males. Queda ya registrada la doble fuerza lograda por la realeza hispana como consecuen-

de la empresa ultramarina. Muertas estaban las viejas libertades castellanas y las vetustas cortes de Castilla, pero a enterrarlas y a impedir su resurrección cooperó el oro americano. Si la realeza hispana no hubiera contado con los recursos inagotables de América en el siglo XVIII, ¿hubiera podido mantenerse tan firme? ¿No hubiese tropezado con dificultades parecidas a las que llevaron a las revoluciones de Francia y de Inglaterra? ¿No hubiera levantado contra ella a las masas la presión tributaria indispensable de no haber bastado a las necesidades del erario real las flotas de América?

El daño sufrido por la economía hispana, ha sido también expuesto hace muy poco; a lo sumo, proseguimos exportando primeras materias, la industria se arruinó en parte como consecuencia de la emigración a las Indias colombinas; el ruralismo ibérico, herencia desdichada de nuestra singular Edad Media, más que mitigarse se acentuó por ello y siguieron, por tanto, faltando las masas fabriles y comerciales que

sienten con más fuerza los problemas políticos.

El espíritu medieval con que se acometió la empresa americana, la prolongación allende el mar de la labor colonizadora de Castilla y la consecuente perduración de las características políticas económicas y psicológicas hispanas creadas o afirmadas durante la Edad Media, ¿son bastante alegato para poder pensar en la proyección del medievo castellano al otro lado del Atlántico? He aquí la interrogante que someto a la consideración de los estudiosos.

Buenos Aires, agosto de 1933
